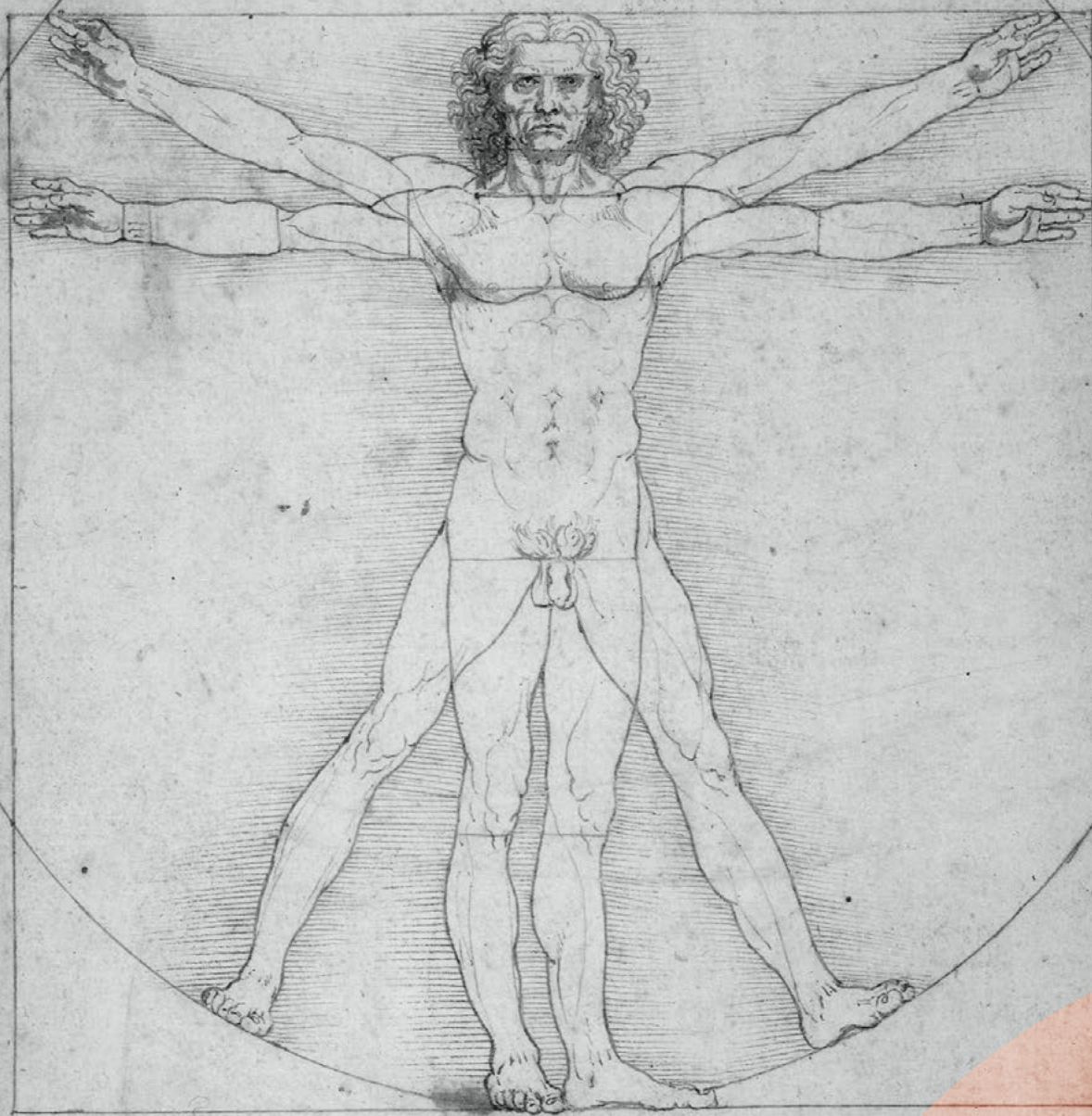


Handwritten text in a historical script, likely Latin or Spanish, located at the top of the page, partially obscured by the drawing's circular frame.



Ética relacional del cuidado

Compiladores:
Bayron León Osorio Herrera - Luis Alberto Castrillón López



UNIVERSIDAD
CESMAG



Católica del Norte
Fundación Universitaria

Ética relacional del cuidado / Bayron León Osorio Herrera, Luis Alberto Castrillón López, compiladores.
-- 1 ed. -- San Juan de Pasto: Universidad CESMAG, Universidad Pontificia Bolivariana y Fundación
Universitaria Católica del Norte, 2023.
133 p.: il., color.

Referencias Bibliográficas: al final de cada capítulo.

ISBN: 978-628-7585-24-9

E-ISBN: 978-628-7585-25-6

DOI: <http://doi.org/10.18566/978-628-7585-24-9>

1. CIUDADANÍA Y PARTICIPACIÓN 2. ÉTICA ECOLÓGICA INTEGRAL 3. JUSTICIA Y PAZ 4. IV
LAUDATO SÍ. 5. KÉNOSIS. I. Arboleda Mora, Carlos. II. Castrillón López, Luis Alberto. III. Castrillón,
Catherine Jaillier. IV. Osorio Herrera, Bayron León. V. Rojas Vergara, Emma del Pilar. VI. Acosta Díaz,
Emilio. VII. Peña Ortega, Blas Felipe. VIII. Título.

CDD

177

22 ed.

CEP – Universidad Cesmag. Biblioteca Remigio Fiore Fortezza

Ética relacional del cuidado

© Carlos Arboleda Mora

© Luis Alberto Castrillón López

© Catherine Jaillier Castrillón

© Bayron León Osorio Herrera

© Emma del Pilar Rojas Vergara

© Emilio Acosta Díaz

© Blas Felipe Peña Ortega

© Fundación Universitaria Católica del Norte

© Universidad Pontificia Bolivariana

© Universidad CESMAG

Vigilada Mineducación

© Editorial Universidad CESMAG

ISBN: 978-628-7585-24-9

e-ISBN: 978-628-7585-25-6

DOI: <http://doi.org/10.18566/978-628-7585-24-9>

Primera edición, 2023

Rector:

Fray Luis Eduardo Rubiano Guáqueta OFMCap.

Director editorial:

Javier Alejandro Jiménez Toledo

Coordinador (a) editorial:

Diana Milena Betancourth Castillo (Universidad CESMAG)

Maricela Gómez Vargas (Universidad Pontificia Bolivariana)

Carlos Augusto Puerta Gil (Fundación Universitaria Católica del Norte)

Corrección de estilo:

Angy Dayana Santos Guevara

Diseño y Diagramación:

Nathaly Johana Rivadeneira Montánchez

Hecho en Colombia

Made in Colombia

Dirección Editorial:

Carrera 20A # 14-54 Tel. +57 602 7244434 ext. 1377 y 1218

Correo electrónico: editorial@unicesmag.edu.co

www.unicesmag.edu.co

CP: 520003 - San Juan de Pasto – Colombia

Chicago:

Arboleda Mora, Carlos, Luis Alberto Castrillón López, Catherine Jaillier Castrillón, Bayron León Osorio Herrera, Emma del
Pilar Rojas Vergara, Emilio Acosta Díaz y Blas Felipe Peña Ortega. Ética relacional del cuidado. Pasto: Editorial Universidad
CESMAG, 2023. <http://doi.org/10.18566/978-628-7585-24-9>

El pensamiento que se expresa en esta obra es responsabilidad exclusiva de los autores y no compromete la ideología de la
Universidad CESMAG.

Se permite la citación del texto nombrando la fuente.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida total o parcialmente, en cualquier medio o para cualquier
propósito, sin la autorización escrita de la Editorial Universidad CESMAG y coeditores.



Capítulo 02

Catherine Jaillier Castrillón - Bayron León Osorio Herrera

Creados y salvados por amor

Capítulo 2.

Creados y salvados por amor

Catherine Jaillier Castrillón¹

Bayron León Osorio Herrera²

Introducción

Dios toma una y otra vez la iniciativa de acercarse a la humanidad para restaurar los lazos de amor y de ternura, que se quebraron por el pecado. “Al principio”, Dios crea un lugar, un tiempo, unos seres vivientes... y todo era bueno. De una forma increíble, cuando culmina la creación con la obra del hombre, deja claro para las generaciones de ayer y de hoy, un propósito y deseo de bondad y belleza desde el origen; unas criaturas que revelan la grandeza del mismo Creador y artífice. Todo está en relación desde la más pequeña célula humana, hasta los astros, estrellas y demás partículas planetarias. Dios se revela en todo cuanto existe, desde la creación misma hasta nuestros días, se revela en los profetas, los sabios y los jueces, en los seres celestiales como ángeles y mensajeros, y en la máxima expresión de su revelación: la persona de Jesucristo. En Jesús, Dios se revela en plenitud. Toda la totalidad de quién es Dios se manifiesta en Jesús. Su amor por las criaturas tiene su máxima expresión al decidir vincularse al proyecto humano y a toda su creación en la persona de Jesús, como máxima expresión del amor. Dios que nos ha creado por amor, nos salva en el amor y ese amor se hace visible y cercano en Jesús de Nazaret.

La encarnación, plenitud del amor de Dios

Nuestro interés no radica en un estudio exhaustivo y sistemático de la encarnación y su significación teológica a lo largo de la historia³. Nos interesa el hecho de la encarnación y su articulación con el Acontecimiento Jesús, en cuanto ella nos permite profundizar en la realidad de Dios como kénosis presente en la vida de Jesús, como el gran suceso de la historia de la salvación llevada a cabo por el Hijo Eterno de Dios en cuanto Verbo encarnado enviado por el Padre. Vamos a evitar las discusiones particu-

¹ Doctora en Teología por la Universidad Pontificia Bolivariana (UPB). Docente Investigador de la Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades (ETFH) de la misma universidad. Miembro del Grupo Teología, Religión y Cultura. Correo electrónico: catherine.jaillier@upb.edu.co

² Doctor en Teología por la Universidad Pontificia Bolivariana (UPB). Docente Investigador de la Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades (ETFH) de la misma universidad. Director del Grupo de Investigación Epimeleia (ETFH). ORCID: 0000-0001-5212-3529. Correo electrónico: bayron.osorio@upb.edu.co

³ Para este propósito ver los trabajos de Ángel Cordovilla Pérea, *Gramática de la encarnación. La creación en Cristo en la teología de K. Rahner y Hans Urs von Balthasar* (Madrid: Universidad de Comillas, 2004); Amedeo Gaetani, *L'incarnazione. Fenomeno di salvezza universale. Gesù Cristo Alfa e Omega: principio e fine dell'evoluzione della coscienza umana* (Castelli: Andromeda Editrice, 2008); Gerald Collins, *La encarnación* (Santander: Sal Terrae, 2002); Joseph Moingt, *Dios que viene al hombre. De la aparición al nacimiento de Dios* (Salamanca: Sígueme, 2010); Miguel Ponce Cuéllar, *Cristo, Siervo y Señor* (Valencia: Edicep, 2007).

lares y los significados de la encarnación. Para nosotros es importante leer su sentido a la luz de la unidad del Acontecimiento Jesús. Esto no excluye, por supuesto, su “particularidad” como *acontecimiento* en la historia de la salvación. Pero nos interesa ver cómo estos sucesos o eventos “particulares” pueden leerse a partir del amor infinito de Dios por la creación y el ser humano; ellos son reflejo de la esencia de un Dios volcado todo hacia el ser humano y su creación; la encarnación, y todo el Acontecimiento Jesús, es la manifestación de Dios en cuanto amor, materializado en la entrega absoluta. Son la expresión del amor dándose y presente en la realidad efectiva del vaciamiento de sí del Hijo en orden a la redención y salvación de todas las creaturas.

Vamos a asumir el término encarnación en su contexto bíblico y con el significado referido en los textos. En el Nuevo Testamento varios autores hablan de la encarnación de diferentes maneras. Pablo en el himno cristológico de la Carta a los Filipenses refiere el tema de la encarnación vinculado a la igualdad con Dios, al abajamiento y la muerte en cruz.

El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz (Fil 2, 6-8)

En este texto aparece en primer plano la humilde iniciativa del Hijo: en la encarnación, como una alusión directa a su ser igual a Dios, él tomó la forma de esclavo y después terminó su vida humana clavado en la cruz.⁴

El autor de la Carta a los hebreos vincula la encarnación a su fuerza reveladora y salvífica.

Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo a quien instituyó heredero de todo, por quien también hizo los mundos; el cual, siendo resplandor de su gloria e impronta de su sustancia, y el que sostiene todo con su palabra poderosa, después de llevar a cabo la purificación de los pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas. (Hb 1, 1-3)

A través del Hijo encarnado, Dios nos ha hablado (revelación) y ha purificado nuestros pecados (salvación).⁵

El evangelio de Juan en su prólogo describe una serie de acontecimientos de la creación y de la historia judía relacionados con la Palabra, y sitúa la encarnación del

⁴ Collins, *La encarnación*.

⁵ Collins, *La encarnación*.

verbo en continuidad con la historia de revelación, cuyo término será el desvelamiento de la verdad de Dios por su Hijo único Jesucristo⁶, para preparar el sorprendente marco de la afirmación central: “Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad” (Jn 1, 14).

Si bien cada uno hace hincapié en diferentes aspectos y presentan la realidad de la encarnación bajo su interés y perspectiva, todos hacen referencia al contenido originario de ella, resumido magistralmente por el autor del evangelio de Juan: “la Palabra se hizo carne” (Jn 1, 14). Esta magnífica e incomparable afirmación nos pone en la dinámica del sentido más antiguo de la palabra “encarnación”, que procede directamente del término latino *incarnatio* y de su significado primario o literal: la Palabra o Hijo de Dios se “hizo carne” o se “encarnó” (ὁ λόγος σὰρξ ἐγένετο), asumiendo una naturaleza humana completa y no una forma corporal externa. En un cierto punto de la historia humana, Dios actuó de una *manera especial*, y de hecho única, a través del “envío” o la “llegada” de su Hijo de una vez por todas. El sentido primario es la doctrina “clásica”: el Hijo eterno de Dios tomó carne de su madre humana; por ello, la persona conocida como Jesús de Nazaret puede y es, a la vez, plenamente humana y plenamente divina; su historia es la historia “encarnada” del Hijo de Dios y no una “mera” teofanía o aparición transitoria de Dios.⁷

Con este sorprendente acontecimiento *comienza* la historia del Hijo de Dios⁸, en la tierra en cuanto su naturaleza humana. Pero por qué Dios decide hacerse hombre, tomar la condición humana; por qué decide aceptar esta historia de y por qué lo hace vinculándose en un momento histórico concreto. Del mismo modo que Dios no necesitó crear un universo, tampoco necesita encarnarse. Pero el Dios que ama sin límites, que, al principio de la historia del universo, eligió llamar a todas las cosas a la existencia, quiere compartir ahora personalmente la vida de los seres humanos y toda su creación y les concede un glorioso futuro en la nueva creación.⁹

Sin duda alguna el amor es la razón fundamental para tal acontecimiento. Dios decide, por su infinito amor, vincularse al género humano para su redención y salvación. Decide hacerlo en las condiciones humanas con todas sus implicaciones, en la historia del pecado y en la carne pecadora (Rm 8,3) Con la encarnación “comienza”

⁶ Moingt, *Dios que viene al hombre*.

⁷ Collins, *La encarnación*.

⁸ Nos referimos aquí al momento temporal preciso en que el Logos, por obediencia a la voluntad salvadora del Padre, toma la carne y entra a la historia como hombre. Esto que sucedió en un momento temporal preciso es a la vez el “engarce” entre la eternidad divina -en ese plano el Hijo estaban ya desde siempre en el Padre (Cf. Jn 1,1 ss; Ef 2,6) y estaba también en el mundo creado por medio de él (Cf. Jn 1,3.10; 1 Cor 8,6)- y el tiempo histórico de la humanidad. Esta llegada del Logos de Dios a la historia humana es el comienzo de la existencia humana del Dios y hombre Jesucristo, pero no del Logos Eterno. Cf. Raphael Schulte, “Los misterios de la prehistoria de Jesús”, en *Mysterium Salutis. Manual de Teología como historia de la salvación*, (Madrid: Ediciones cristiandad, 1971).

⁹ Collins, *La encarnación*.

entonces la *κατάβασις* (descenso del Logos) del Hijo de Dios a una historia humana con todas sus limitaciones y penalidades.¹⁰

Sin embargo, este descenso, esta *katábasis*, no puede entenderse como un descenso de lo *más* a lo *menos* o como algo *superior* a algo *inferior*, o como una pérdida de la condición divina. Quien *desciende* es el mismo Hijo de Dios con toda su realidad divina presente en su humanidad.

Por supuesto, la iniciativa divina de encarnarse y “aparecer en la condición humana” implicaba asumir esta condición con sus limitaciones, incluso autores, como Schulte, por ejemplo, lo entendieron bajo la óptica del pecado.

Para entrar el Hijo de *Dios* en la existencia humana hubo de *partir* necesariamente *de Dios*, hubo de despojarse de su igualdad con Dios, hubo de emprender con todas sus consecuencias la existencia humana, alejada de Dios y cargada con la maldición del pecado.¹¹

Pero esta *maldición del pecado* a la que se refiere Schulte, esta configuración de la *carne pecadora* asumida por el Hijo de Dios no es un menoscabo de su condición o la pérdida de la igualdad con Dios. La carne pecadora significa una historia desfigurada por el pecado y el Hijo de Dios, en obediencia absoluta al Padre, no tiene reparo en asistir a esta historia y asumirla, para redimirla en el amor del Padre. Dios “lo ha hecho pecado por nosotros” (2 Cor 5, 21), lo ha cargado con toda esta historia de pecado (Rm 8, 3) para redimirla.

Por tanto, el acontecimiento del Hijo de Dios en una *historia de pecado* y en una realidad de la *carne pecadora* no significa una *limitación*; muestra el increíble designio de Dios, presente en el hecho histórico de la encarnación, como el extremo del amor del Padre, “no perdonó a su propio hijo, sino que le entregó por todo nosotros” (Rm 8, 32). Asimismo, el amor y la obediencia de Hijo, quien se despojó de sí mismo (Fil 2, 7) hasta hacerse maldición por nosotros y en nuestro lugar (Gal 3,13), para hacernos partícipes del misterio salvador y redentor.

Tampoco la encarnación se reduce a un asunto de la naturaleza humana de Jesús y las limitaciones propias de esta condición.

¹⁰ Schulte encuentra una relación directa entre la *katábasis* y la *kénosis*. Siendo la *katábasis* la “primera fase” del estado *kenótico* que terminaría en la muerte en cruz. Sólo la luz de este “final” de la existencia humana del Hijo de Dios puede calibrarse la magnitud del misterio que obraba en Dios en él “momento” en que el Hijo llegaba a la historia humana para asumir personal y definitivamente una humanidad *así*. La “*katábasis*” del Hijo de Dios, al entrar de lleno en esta nuestra historia, es el *comienzo* de la “*kénosis*”, de su dignidad divina y humana. Y esa “*kénosis*” se prolongaría e iría creciendo a lo largo de su vida, hasta que, finalmente, hecho por Dios mismo pecado y maldición (Gal 3,13; 2 Cor 5, 21), abandonado realmente por Dios (Mt 27,46), entregaría su vida a la Cruz con una muerte ignominiosa (1 Cor 11,24; Jn 6,51; 17,19; Ef 5,25; Hb 2,9-5,10). Parece claro lo que todo esto quiere decir: la “primera fase” del misterio del ingreso de Jesucristo de la existencia humana es el *comienzo de la “kénosis” del hijo de Dios*. Y esta “*kénosis*” de aquí comienza será el abajamiento del Hijo de Dios, abajamiento que irá creciendo hasta colmar la “*katábasis*” de que se habla en Flp 2; Gal 3 y en otros textos similares: hasta la ignominia de la muerte en Cruz en lugar de los pecadores”. Schulte, “Los misterios de la prehistoria de Jesús”, 47.

¹¹ Schulte, “Los misterios de la prehistoria de Jesús”, 47-48.

Al tomar la decisión de vivir también como ser humano, el Hijo de Dios asumió nuevos pero limitados poderes y nuevas pero limitadas formas de actuar. En su condición humana, dependería de factores físicos y experimentaría los límites de la finitud, por ejemplo, su habilidad para pensar humanamente dependería de su cerebro sano, intacto y conscientemente despierto. Ser humano implica ser limitado y dependiente en toda una gama de aspectos físicos y psicológicos.¹²

La autolimitación del Hijo en la encarnación no puede ser justificada por la forma humana en cuanto limitada. No se refiere al asunto humano de la sed, del hambre o una limitación en el conocimiento. La naturaleza humana de Jesús no es un argumento para pensar la encarnación como una limitación o como la realidad o el contenido de su abajamiento¹³. Por supuesto, al asumir la naturaleza humana, Jesús experimentó las situaciones de esta condición. Pero esta no es la realidad de la encarnación, sino la forma como decidió Dios darnos la totalidad de su amor. La encarnación no se reduce por tanto a que el Logos haya tomado forma humana, sino que en esa condición humana Dios decide revelar su infinito amor y darse-nos para ponernos en comunión con él. Quien se encarna es el Logos en toda su dimensión y unidad perfecta con el Padre. Al encarnarse no deja de ser quien es¹⁴; “el Hijo eterno del Padre asume, en el tiempo y en la historia, la naturaleza humana de Jesús, pero no deja de ser él mismo”.¹⁵

Por eso Jesús, verbo encarnado, sigue siendo el mismo Logos eterno, en cuanto realidad divina presente en su humanidad. Debemos mantener esta claridad si no queremos caer en el error de usar un doble lenguaje para el Acontecimiento Jesús, uno para su humanidad y otro para su divinidad¹⁶. Porque la encarnación no se reduce a

¹² Collins, *La encarnación*, 74.

¹³ Al respecto, la tradición teológica y específicamente en la cristología, siguiendo la información presente en los evangelios, ha identificado al menos tres niveles de experiencia humana de bajamiento con relación al tema de la finitud y la condición limitada de Jesús: a) la *finitud física* aparece en su hambre (Mt 4,2; Lc 4, 2), su sed (Jn 19, 28), en el sueño (Mc 4, 38), el grito de Jesús moribundo (Mc 15, 34) que expresa el terrible dolor en la cruz; b) la *finitud psicológica interior*, de la que poco se traduce en los evangelios, como la “ignorancia Christi” (Mc 13, 32; Mt 24, 36), su resistencia ante su futuro dolor y muerte en Getsemaní (Lc 22, 42), donde su alma se encuentra “turbada” (Jn 12, 27) y él “quedó en manos de la angustia... y su sudor se volvió como gotas de sangre que caían a tierra” (Lc 22, 44), y pide al Padre que le sea apartado el cáliz de la muerte a pesar de su entrega y donación absoluta manifestada en la plegaria; c) por último, la experiencia del *sufrimiento moral y espiritual*, como cuando los suyos le consideraban un exaltado o loco (Mc 3, 21), los escriban lo acusan de estar endemoniado (Mc 3, 22) o los leprosos lo juzgan como impostor (Mt 27, 63 ss). Cf. Ponce Cuéllar, *Cristo, Siervo y Señor*, 237.

¹⁴ La fe cristiana ortodoxa cree que Jesús de Nazaret fue y es personalmente idéntico al Hijo eternamente preexistente de Dios. Los cristianos mantienen la preexistencia de una persona divina, distinta de la visión judía de la preexistencia de la ley (tora) divina, comunicada a través de Moisés, o del esquema platónico de las ideas preexistentes que proporcionaron al demiurgo los patrones para que modelara el mundo. Tal creencia en la preexistencia sostiene que la existencia personal de Cristo es la de un Sujeto eterno dentro de la unicidad de Dios y, por consiguiente, no se pueden derivar de la historia de los seres humanos y su mundo. El ser personal de Cristo no tuvo su origen cuando empezó su historia humana visible. Él no empezó a existir como una persona nueva en torno al año 5 a. C., la fecha en que normalmente se sitúa su nacimiento. Él existe personalmente como el Hijo eterno de Dios o la Palabra eterna de Dios. Aquí cabe adoptar el lenguaje del primer concilio de Nicea (325 d. C.) y afirmar que “nunca hubo un tiempo en que no fue” (DH 126; ND 8) o que Cristo “existió siempre”. Cf. Collins, *La encarnación*, 29.

¹⁵ Ponce Cuéllar, *Cristo, Siervo y Señor*, 229.

¹⁶ El asunto no se resuelve con el hecho de decir que Jesús seguiría teniendo los poderes divinos, pero no los ejercía; estas consideraciones ponen a Dios y Jesús en una escena muy sospechosa y teatral. Dios en Jesús, no se toma unas “vacaciones” de sus poderes; tampoco es una *mixtura* de la acción de Jesús; en sus acciones *milagrosas*, por ejemplo, mostraba su divinidad y en su actividad cotidiana, expresada en comer, hablar, dormir, mostraba su humanidad. Esto supondría eliminar la indisoluble unidad del acontecimiento Jesús como un único acontecimiento y pondría a la persona de Jesús en un dualismo ontológico que no es admisible desde la perspectiva bíblica.

una condición temporal y definitiva, lo definitivo y el fin último de la encarnación es la cercanía de Dios y su vínculo existencial divino en solidaridad con el género humano y toda su creación. La dimensión y propósito de la encarnación está en el hecho del Dios amor quien dona a su Hijo para ofrecernos la salvación.

La encarnación no es una limitación de Dios, es la sorprendente e incomparable idea del Dios con nosotros (Is 7, 14; Mt 1, 23). Dios se hace cercano a la realidad de los seres humanos en Jesús de Nazaret. La cercanía amable y gratuita de Dios para con nosotros. Lo invisible de Dios en la visibilidad de Jesús de Nazaret (Col 1, 15). La *lejanía* de Dios en la cercanía de Jesús. En últimas, la encarnación permite que Dios se haga visible y *comprensible* al género humano por medio de la humanidad de Jesús. La encarnación del Hijo de Dios en la historia de los hombres remite al grande y profundo misterio de Dios en cuanto amor; amor que existe desde siempre y que ha creado todo. Percibimos una realidad divina y sorprendente. En Jesús de Nazaret el amor toma forma humana. En Jesús el amor se podía ver, tocar, sentir, nos podía abrazar de una manera *nueva*.

Por supuesto, no queremos reducir todo el misterio de la encarnación ni restar la inconmensurabilidad de su realidad¹⁷, pero es necesario poner de manifiesto que, aunque la encarnación supone un evento *nuevo*, del todo sorprendente y contrario a las expectativas humanas, si reflexionamos sobre la cercanía y la ternura de Dios, por ejemplo, cantada por Oseas, Isaías (Os 14, 5; Is 49, 15-16) y otros grandes profetas, o los salmos (Sal 103, 13); podemos concluir: la palabra hecha carne concuerda con la cercanía amorosa de Dios a su pueblo¹⁸ presente en toda la historia de la salvación y prefigurada desde el principio de los tiempos, manifiesta en su totalidad, en la venida del Logos a esta historia humana.

Por eso la encarnación no está aislada del todo del plan salvífico de Dios y es necesario, por tanto, entenderla en este contexto. “El comienzo de la existencia humana del Hijo de Dios responde al eterno plan salvador del padre”.¹⁹ Como un evento de salvación no puede ser separado de todo el Acontecimiento Jesús, en cuanto él es la plenitud de toda la historia de la salvación y del plan salvífico de Dios, advertimos que la encarnación, en cuanto a proceso de revelación, se extiende a toda la existencia de Jesús.²⁰

Cuando leemos juntos a Pablo y a Juan, ellos establecen un criterio al presentar la encarnación en un medio más pleno y dinámico, que incluye el ministerio, la cruci-

¹⁷ Ningún espíritu humano puede comprender que Dios entre desde la eternidad en lo finito pasajero, que dé un paso para atravesar la “frontera” hacia lo histórico. Quizá, incluso se defienda, desde una idea “pura de Dios”, contra lo aparentemente casual y conforme al espíritu del hombre. Sin embargo, aquí está en juego la más íntima esencia de lo cristiano. Cf. Romano Guardini, *El Señor* (Madrid: Ediciones Cristiandad, 2008), 48.

¹⁸ Collins, *La encarnación*, 150.

¹⁹ Schulte, “Los misterios de la prehistoria de Jesús”, 46.

²⁰ Cf. Moingt, *Dios que viene al hombre*, 337.

fixión y la resurrección.²¹ Pablo y Juan, han puesto de relieve la necesidad de entender el acontecimiento de la encarnación en el contexto amplio de toda la historia salvífica. Mateo y Lucas, por su parte, reconocen a su manera el medio más amplio de la encarnación. El relato material de la concepción y el nacimiento de Jesús no solo se remonta hasta Abraham y Sara (Mt 1,1-17), se proyecta hacia adelante, en buena medida a través del relato de los magos y la matanza de los inocentes (Mt 2,1-18), que puede ser una anticipación de la crueldad de la crucifixión de Jesús y la gloria de su resurrección. Los lectores de Mateo notan con bastante facilidad la conexión entre el recién concebido Jesús, llamado Emmanuel, “Dios con nosotros” (Mt 1,23), y la promesa que hace al final Jesús crucificado y resucitado: “yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28,20).

Lucas, en su evangelio, se sirve de una genealogía para asociar la encarnación y el nacimiento de Jesús con varios acontecimientos anteriores, y lo hace remontando su descendencia hasta Adán, el primer “hijo” de Dios (Lc 3,23-28). La mayoría de los lectores perciben fácilmente la conexión establecida por Lucas entre el nacimiento de Cristo y su muerte violenta cuando el anciano Simeón advierte a María: “Este está puesto para caída y elevación de muchos en Israel y como signo de contradicción, ¡y a ti misma una espada te atravesará el alma!” (Lc 2,34-35).

En este mismo sentido, el credo, la profesión de fe de los cristianos, también nos pone en un contexto más amplio y en total articulación con toda la historia de la salvación.

Este credo recuerda la vida eterna del Hijo de Dios y su papel en la creación (‘por quién todo fue hecho’) antes de confesar: ‘por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la virgen, y se hizo hombre’. Pero la fe expresada en este credo no se detiene aquí, sino que a continuación confiesa la crucifixión de Cristo, su resurrección, su ascensión al cielo y su nueva venida con gloria al final de la historia. Este credo, usado por los cristianos de oriente en el bautismo y por los cristianos de occidente en la eucaristía, muestra espléndidamente lo que significa situar la encarnación en el contexto dinámico de una historia más amplia.²²

Por eso no es posible tener una visión estática de la encarnación. Ella hace parte del mismo movimiento dinámico, recíproco y simultáneo del infinito amor de Dios para con sus creaturas. Que Dios haya decidido vincularse al proyecto humano, en los términos humanos, muestra por parte de Dios su infinito amor y su aceptación del género humano. Se nos ha dado aun sabiendo que su donación no tenía forma de ser igualada

²¹ Collins, *La encarnación*, 42-43.

²² Collins, *La encarnación*, 45.

por ninguna condición humana²³. Se dona en un acto soberano de despojo y pleno desinterés como podía esperarse de la esencia divina. Esto se evidencia en la encarnación.

El verbo se ha hecho carne, ha entrado en nuestra historia y lo ha hecho con una intención, brindarnos, darnos, donarnos la salvación ofrecida por Dios y materializada en la redención obrada por Jesús. Porque no podemos caer en el error de pensar la iniciativa de Dios solo en el momento de la encarnación. Este amor y esta iniciativa divina existían desde antes y no comienza a *operar* en el momento de la encarnación. Con la encarnación no empieza la iniciativa de Dios, ni su plan de salvación, con ella el Hijo de Dios se hace hombre, pero no es su *comienzo*. La encarnación no es el punto de partida del acontecimiento del Hijo de Dios, ni es el punto de partida del amor. Dios nos ha amado desde siempre, desde la eternidad con amor eterno (Jr 31, 3; Is 54, 8). Antes su amor lo percibíamos por la creación y por la gracia de nuestra existencia. Pero ahora su amor se puede ver, tocar, abrazar y sentir en la persona de Jesús.

Por esta razón la encarnación realizada por Dios, en un momento histórico determinado, hace parte del plan de salvación; en últimas, hace parte de todo el plan del amor incondicional de Dios por sus creaturas y de su donación total, sin ninguna restricción, a ellas. El comienzo temporal del Verbo en la persona de Jesús, por el evento de la encarnación no es, entonces, un comienzo absoluto, si no la continuación y la consumación de la revelación del verbo, presente en el mundo desde siempre (Jn 1, 1-3), unido después a la historia del pueblo de Israel, antes de sumergirse en la temporalidad de la carne del mundo. Desde esta perspectiva, evitamos convertir la encarnación en el punto de partida de la historia de la salvación, de la historia del Dios con nosotros²⁴, y debemos entenderla en el contexto del amor infinito del Padre hecho carne en la persona de Jesús como su plena y última revelación.

Es justo atribuir al tiempo de la realidad de Cristo, es decir, al tiempo de la vida de Jesús, una relevancia *divina, única* dentro de la historia de la humanidad, que ya poseía el carácter de salvación y de revelación divinas y que en la persona de Jesús, en su existencia humana, reviste para la historia misma el carácter de un nuevo comienzo divino, de una “nueva creación”²⁵ (2 Cor 5,16-19; Gal 6,15) donada por el amor inagotable del Padre y de su Hijo en su entrega generosa y sin reservas para colmar la realidad

²³ Un bello cuento de Kierkegaard, de su texto *Migajas filosóficas*, ilustra con un estilo poético esta situación. Es la parábola del Rey y la muchacha, Kierkegaard aplica esta parábola Dios, que se ve empujado, por amor, a revelarse a sí mismo y “vencer” al “discípulo” humano. En el amor y a través del amor “se iguala lo diferente”; y “sólo la igualdad y en la unidad da inteligencia”. Pero, “si no se reduce a nada la diferencia que existe entre ellos”, ¿cómo va Dios a superar la infinita diferencia y “hacerse comprensible”? “De esta manera, la parábola alcanza este punto: para que se realice la unidad, el amor tiene que “cambiarse a sí mismo”. Dios tiene que hacerse semejante a nosotros y “mostrarse igual al más humilde” y “en la figura de servidor”. Tanto para Dios como para el rey, “eso es lo insondable del amor: desear ser igual al amado”. En el caso de Dios, el omnipotente amor “puede conseguir su propósito”, a diferencia del rey, que no puede. Su “capa de pobre” le delataría, “por sentarle mal”. En el caso del hijo encarnado de Dios su “forma de siervo no era apariencia”: “tenía que sufrirlo todo, aguantarlo todo, probarlo todo: hambre del desierto, sed en el suplicio, abandonó en la muerte”. Sören Kierkegaard, *Migajas filosóficas o un poco de filosofía* (Madrid: Trotta, 1997), 41-47.

²⁴ Moingt, *Dios que viene al hombre*.

²⁵ Schulte, “Los misterios de la prehistoria de Jesús”.

humana con el don inagotable de su amor y hacernos partícipes de su vida divina. Con la encarnación Dios nos hace partícipes de su amor, de su condición divina, nos otorga parte de su existencia y parte de su realidad. Nos permite participar en su vida íntima por medio de su Hijo encarnado. Comparte su divinidad y nos hace partícipes de su gracia (2 Pe 1, 4). En la encarnación se manifiesta la misma realidad de Dios, dado que en ella se nos autoentrega Dios como comunión trinitaria, nos abre la intimidad de su misterio y nos comunica su propia vida divina (Gal 4, 4-6). Desde Dios, la encarnación es la autodonación máxima a la creatura y, desde el hombre, significa la máxima potenciación, aunque inesperada y sólo posibilitada por una especialísima acción de Dios, de su ser imagen de Dios.²⁶

Desde el siglo II, muchos escritores cristianos pusieron de relieve 'el admirable intercambio' (*admirabile commercium*) por el cual el Hijo de Dios se hizo humano para que los seres humanos pudiéramos hacernos 'divinos', es decir, para que pudiéramos participar, por la gracia, en la vida misma de Dios. Esta clave de toda la historia del intercambio salvífico resulta ininteligible si excluimos el amor de Dios, su deseo infinitamente generoso de incorporarnos a la comunión de amor extático que es la vida eterna de la Trinidad. Resulta significativo que el oficio divino asocie estrechamente este *admirabile commercium* con el nacimiento de Jesús mencionándolo en la antifona de las primeras y segundas vísperas del 1 enero, la octava de Navidad: '¡qué admirable intercambio! El creador del género humano, tomando cuerpo y alma, nace de una virgen y, hecho hombre sin concurso de varón, nos da parte en su divinidad'.²⁷

Esta expresión gratuita del Verbo hecho carne, comprendida como el despojo y autodonación de Dios en Jesús, presupone a la vez un movimiento de donación intratrinitaria y la apertura del ser humano al misterio de Dios, cuyo amor está el mismo eternamente en condiciones de darse a todo hombre.²⁸

Así, la encarnación está en estrecha relación con la kénosis. Si el Logos se ha hecho carne, si se ha hecho hombre, esto no puede ser más que el signo de la total generosidad con el género humano. Jesús como Verbo encarnado es por esencia el ser de Dios vuelto hacia nosotros.

El comienzo de la existencia humana del Hijo de Dios responde al eterno plan de salvación manifestado como el eterno designio del amor de Dios para sus creaturas. La salvación nos viene por un acontecimiento de donación absoluta de Dios en su Hijo y del Hijo, en su vaciamiento de sí, a la humanidad. La encarnación y la kénosis advier-

²⁶ Ponce Cuéllar, *Cristo, Siervo y Señor*.

²⁷ Collins, *La encarnación*, 136.

²⁸ Moingt, *Dios que viene al hombre*.

ten un solo acontecimiento en el sentido de una misma dinámica de salvación, son un solo movimiento en la medida en que la encarnación dice de la completa libertad del Padre para dar-se-nos en su Hijo encarnado como misterio de salvación.

Si la encarnación está en relación con la revelación y la salvación ella está en términos de la gracia, de la generosidad de Dios y de su donación, por medio de la encarnación Dios, en la persona de Jesús, está en la historia humana y entra en ella para mostrarnos quién es; muestra además su amor extremo a la humanidad al hacerse uno de ellos para compartir la suerte de los hombres, pero también para entregarles la salvación. La kénosis lleva la marca del sello divino de la más extrema generosidad.

Podemos percibir así la hondura del amor de Dios expresada en el Logos encarnado. En un acto de amor gratuito y, por consiguiente, de total desposesión, Dios envía a su Hijo, no se lo guarda para sí, a quien es de su misma condición; lo quiere y lo hace libre de ser él mismo, de existir aparte de él, con la plena capacidad de entregarse a quien quiera y de ser la perfecta expresión del don gratuito que Dios es en sí mismo.²⁹ La encarnación debe ser entendida como Dios dándose en su Hijo como su Verbo encarnado, como a la esencia de su ser en la persona humana de Jesús de Nazaret.

No se puede entender la encarnación como algo que añade o modifica la esencia misma del Verbo encarnado. “La encarnación significa que, cuando Jesús de Nazaret fue concebido y nació, no apareció en escena una nueva persona”.³⁰ Quien apareció en la historia en un momento determinado es el mismo Logos preexistente en la eternidad del Padre. Por supuesto, como lo hemos expresado antes, el Logos se ha hecho hombre y en cuanto hombre asume todas las condiciones de esta humanidad. Pero el evangelio nos ha enseñado que en Jesús verbo encarnado, se hace presente la totalidad de la divinidad no al margen o encima de su humanidad, sino en virtud de ella; hemos aprehendido también, por el evangelio y sus afirmaciones, la realidad presente en la acción de Jesús y en sus palabras como las mismas acciones y palabras de Dios; como habla y actúa Jesús así actúa Dios (Cf. Jn 5, 19).

Y, aunque el dogma de la encarnación sigue siendo un misterio y como misterio resulta inabarcable para su comprensión, sin embargo, con la encarnación de Logos, tenemos una posibilidad de referencia a la significación de la divinidad en la persona de Jesús, verdadero Dios y verdadero Hombre. Y tenemos en ella la realidad de Dios como exceso de amor presente en Jesús de Nazaret, desasido todo de sí para una entrega generosa, en una existencia kenótica, en favor de los hombres y la creación entera, materializada en el tiempo como evento de revelación y salvación para esta historia. “Esta presencia de Cristo entre los hombres suponía superar la infinita distancia exis-

²⁹ Moingt, *Dios que viene al hombre*.

³⁰ Collins, *La encarnación*, 28.

tente entre Dios y el hombre, la cual no era posible salvarla, si el propio Dios no asumía la existencia humana mediante la encarnación”.³¹

Laudato Si’, el cuidado de la creación, signo del amor salvífico de Dios

Laudato Si’ presenta una antropología que permite identificar una relación integral con la naturaleza, con los hermanos y con Dios.³² Parte del hombre creado y redimido en Cristo, un hombre que es autónomo -aunque no plenamente-, que se ve y se cree autosuficiente y que ha olvidado su lugar de administrador responsable.

La Encíclica exhorta a la conversión para afrontar la tiranía del consumo, la esclavitud del mercado, la pérdida del sentido de la existencia, y llama a poner los ojos en “el pobre a quien hoy Cristo nos invita a mirar con especial compasión y a dirigir hacia él el impulso de la tarea evangelizadora”.³³ El hombre de hoy está atado a una relación con la naturaleza mediatizada por el cálculo, por la productividad y utilidad como motor de interés, pero que desencadena en desequilibrio y destrucción, o mejor, autodestrucción, pues el hombre hace parte de toda la creación como unidad.

La Encíclica tiene 14 referencias de Gn 1-6. Recordemos que los once primeros capítulos del Génesis sitúan al lector en una serie de relatos de origen que están a la raíz de las preguntas de la humanidad y sus dinámicas relacionales:

Es una cosmogonía etiológica desde la perspectiva de todas las cosmogonías existentes con las que se la puede comparar, pero también es un relato de creación y de orígenes en cuanto a su naturaleza teológica, reconocida por los judeo-cristianos quienes vemos en ella algo capaz de expresar nuestra experiencia de Dios.³⁴

Dios crea y modela, insufla su aliento divino para que aquel, que es polvo del suelo, tenga vida, sea ser viviente con la vida de Dios participada. Al referirse al hombre se dice:

No tiene *nefes*, —en hebreo, que significa ser viviente— sino que todo él es *nefes* y vive precisamente como *nefes*. Ese término no designa la vida en general, sino la vida en el cuerpo, el ser humano como ser humano y personal; pero no sólo afirma la vida como participación de la vida de Dios, en el orden natural, también afirma la referencia existencial del hombre a Dios. El hombre en esta vida es cuerpo viviente con la vida de Dios participada. El punto más fuerte de contacto con Dios es la vida.³⁵

³¹ Ponce Cuéllar, *Cristo, Siervo y Señor*, 232-233.

³² Papa Francisco, *Carta Encíclica Laudato Si’. Sobre el cuidado de la casa común* (Roma: Editrice Vaticana, 2015).

³³ Amadeo José Tonello, “Laudato Si: aportes antropológicos y éticos”, *Síntesis. Revista de Filosofía* 11, no. 1 (2017): 79. <http://dx.doi.org/10.15691/0718-5448Vol11Iss1a178>

³⁴ Julieth Cristina Hincapié Hurtado, “Dios y hombre narrados desde las categorías bien y mal en Génesis 1-11. Un diálogo teológico-psicológico desde los arquetipos” (tesis de Maestría, Universidad Pontificia Bolivariana, 2017), 13.

³⁵ Juan Manuel García de Alba, *Hacia una antropología de Jesús en los evangelios* (México: UNIVA La Universidad Católica, 2016), 51.

El hombre, aunque es criatura, tiene ese potencial creador y procreador, una vocación de dar vida y de cuidarla. Al respecto, la Pontificia Comisión Bíblica dice: “El tema del ser humano como “criatura” de Dios se recuerda a menudo en la Escritura para poner de relieve su diferencia abismal con respecto al Creador y propiciar la humildad de corazón como vía que conduce a la verdad”.

Esta humildad, ha faltado en el corazón humano, pues el antropocentrismo, el egocentrismo e individualismo desmesurado, trajo consigo una tierra que clama los abusos y la explotación. El papa Francisco se refiere a la tierra como hermana que clama, manifiesta su enfermedad en el agua, aire y en sus seres vivientes, “gime y sufre dolores de parto” provocado por la irresponsabilidad humana. La transgresión humana al proyecto amoroso de Dios trajo muerte, enfermedad y destierro. La tierra habló, tal como lo expresa el relato del Diluvio, y sigue revelando el desorden generado y sus consecuencias. Basta ver las noticias que manifiestan las condiciones ecológicas y los problemas generados por el cambio climático, que no solo se ha producido por los cambios del planeta como viviente, sino por lo que ha potenciado y acelerado el comportamiento humano y sus acciones. Sin embargo, para Dios, se requiere al menos de un justo para dejar siempre abierta la puerta de la esperanza y de la vida. La historia de salvación de la humanidad nos recuerda siempre la alianza, y el proyecto de Dios en el amor. El arco iris, en el relato del Diluvio es signo del cuidado y protección de Dios hacia la humanidad, aun cuando ella le ha sido infiel y ha llegado a una violencia y desorden muy distante del origen.

El Creador pone las cosas en su lugar, les asigna un espacio, una función y un tiempo; dice Von Rad que «Dios marca fronteras saludables» entre la creación y lo caótico, y con «su acto creador organiza y dinamiza el tiempo sagrado en el mundo», según Gilberto Gorgulho. La tierra es llamada a participar sustantivamente en el proceso generador de vida y recibe los poderes para ello; durante siglos, las imágenes de la tierra como madre creadora de vida se han mantenido, y encuentran aquí sus raíces narrativas, pues en el Génesis el Creador dota de un poder especial a ésta y pone al servicio del Hombre y los animales sus frutos. Se nombran los astros que poseen una finalidad y con ellos el tiempo se inserta en el mundo del Hombre y la creación divina; éstos son reguladores de la vida «aquí abajo», marcan el tiempo de la siembra y la cosecha, del ritual y el descanso (Gn 1, 14-15).

Ante esta obra creadora de Dios, obra buena, el hombre se consideró propietario y dominador, y estableció una relación vertical, posesiva y dominante, que desfiguró el proyecto de Dios olvidándose de su propia esencia: el hombre es parte de esta tierra.

La misma composición bioquímica lo evidencia, pues, si se revisa el cuerpo humano y sus elementos químicos se encuentra oxígeno, hidrógeno, nitrógeno, carbono,

calcio, y fósforo; además de azufre, potasio, sodio, cloro, y magnesio. Todos estos 11 elementos son elementos esenciales para la existencia en esta tierra.

El hombre es entonces, criatura, tierra, imagen y semejanza de Dios, “capaz de conocerse, de poseerse y de darse libremente y entrar en comunión con otras personas”.³⁶ Esta comunión es una llamada más amplia, porque requiere una comunión con las personas -cercanas y lejanas-, pero también con lo creado. Si se genera un desequilibrio aun en uno de estos elementos químicos mencionados anteriormente, la especie humana correría grandes riesgos de extinción en el planeta. La creatividad y el desarrollo tecnológico permiten buscar soluciones a problemas ambientales y sociales, por ejemplo, encontrar en el hidrógeno un combustible quizás más “verde” para compensar los problemas de contaminación y, por consiguiente, salvar a la comunidad humana. No obstante, todas estas ideas que pueden buscar el bien común, cuando se convierten en alternativas de mayor poder de unos bloques territoriales sobre otros, en lugar de generar bondad y bien, terminan abriendo brechas y violencias entre la misma humanidad. La Encíclica resalta esta capacidad creativa del ser humano, y manifiesta los peligros que se desencadenan con el poder, la tecnocracia y el aparente progreso a costa de otros.

La dimensión creativa de la persona puede ser considerada como un aspecto valioso de la comprensión antropológica, más aún si esta capacidad parte de la contemplación del universo y de las criaturas como pedagogía de Dios. Se requiere de una sensibilidad, humildad y capacidad de asombro para conocer la belleza, lo bueno y lo divino en cada criatura, sin caer por ello en un panteísmo o sincretismo religioso propio de las corrientes orientales, tribales o de nueva era; o como se ha querido mal interpretar por parte de algunas personas con posturas ideológicas, los aportes del magisterio del papa Francisco.

Por otro lado, el ser humano con su intelecto y su capacidad de contemplar lo creado puede detectar que una pequeña hormiga, es modelo de laboriosidad (Prov 6,6-11: 30,25), o bien, conocer que el actuar de Dios es semejante a un águila que lleva a sus pequeños en sus alas (Ex 19,4)³⁷. Es reconocer en lo creado, un camino hacia la sabiduría que acerca al hombre a la sabiduría de Dios.

Toda esta observación contemplativa, potencia la capacidad de crear, inventar y transformar. Gracias a esta capacidad genios como Da Vinci, por ejemplo, hicieron bocetos y diseños de vuelo, siguiendo el modelo de vuelo de las aves. El hombre tiene

³⁶ Papa Francisco, *Carta Encíclica Laudato Si'*, #65.

³⁷ La Pontificia Comisión Bíblica (2020), expone en el capítulo II del libro “¿Qué es el hombre? Un itinerario de Antropología Bíblica, un numeral enfocado al camino para ser sabios. En el numeral 43 plantea cómo en los textos bíblicos hay referencias a diversos animales que manifiestan unas características en sus comportamientos o acciones que pueden conducir al hombre por un camino de sabiduría.

entonces esta fuerza transformadora, sin que ello conduzca a dejar de labrar y cuidar la tierra, tal como lo expresa Gn 2,15.

Por ello, la Encíclica presenta el ser humano cuya libertad y decisión interviene en el desarrollo o no del querer de Dios por la humanidad.

El ser humano no es plenamente autónomo. Su libertad se enferma cuando se entrega a las fuerzas ciegas del inconsciente, de las necesidades inmediatas, del egoísmo, de la violencia. En este sentido, está desnudo y expuesto frente a su propio poder, que sigue creciendo, sin tener elementos para controlarlo.³⁸

El hombre, de espaldas a Dios, busca crecer, subir y exaltarse casi para ser montado en un tótem y sentirse deidad; por su parte, Dios obra y enseña exactamente lo opuesto, el camino de la donación, la humildad, la *kénosis*, esta cercanía en especial hacia los pequeños. El hombre de hoy, amarrado en su propia imagen, en su selfi y mundo narcisista, deja de ver al hermano, por tanto, olvida la vocación al amor y se aleja del Edén primero.

El jardín, edén o huerto

Pero para hablar de esta vocación al amor, basta ver el actuar de Dios por la humanidad. Prepara todo y luego pone al hombre en el jardín, en el huerto.

El jardín es presencia de amor pleno de Dios, es paraíso y unidad. Dice el Génesis 2,8 que Yahveh Dios plantó un jardín, es decir:

Hay una vinculación profunda entre la acción agricultora de Dios, en este caso, y la tarea del hombre y la mujer, que no consiste simplemente en preservar el huerto para poder subsistir, sino que, en un horizonte más amplio, consiste en unir sus labores a las de Dios para colaborar con él en su proyecto salvífico: “El trabajo [...] constituye la experiencia humana de cuidar y hacer crecer el proyecto divino”.³⁹

También el amor de pareja queda unido a esta relación con el jardín, no solo por Adán y Eva, sino por la referencia del Cantar de los Cantares, “es allí donde se manifiesta el amor de esposo y esposa”.⁴⁰

El huerto, es un término que enlaza la muerte y la vida; la tensión entre el bien y el mal, y la posibilidad -como don divino- de lo nuevo. En el evangelio de Juan, Jesús entrega su vida, libremente, en manos de la violencia del mundo en un huerto

³⁸ Papa Francisco, *Carta Encíclica Laudato Si'*, #105.

³⁹ Juan Patiño y Uriel Salas, “Comunión y trabajo: el ser humano al servicio de la creación”, *Theologica Xaveriana* 71, (2021): 13. <https://doi.org/10.11144/javeriana.tx71.ctshsc>

⁴⁰ Juan Mateos y Juan Barreto, *El evangelio de Juan. Análisis lingüístico y comentario exegético* (Madrid: Ediciones Cristiandad, 1979), 837.

(Jn 18,1-2), allí los soldados lo van a atar y a conducirlo al proceso de condena. Una vez crucificado, lo van a sepultar en un huerto nuevo, que no había sido utilizado; y María Magdalena se encuentra un hombre que cree que es el hortelano y allí, en ese reconocimiento amoroso entre “María” y “Raboní” nuevamente se vence la tristeza y la aflicción de la muerte, para experimentar la vida.

Este huerto-jardín, ayuda a confrontar la vida humana y sus acciones, a hacer memoria de la generosidad y bondad de Dios-Padre y creador, y a revisar la respuesta, las decisiones y actos de la humanidad. De cierto modo, es posible intuir un llamado a una vida ética, pues el hombre toma conciencia de sus actos, puede revisarlos, evaluarlos, juzgarlos y corregirlos para encaminarse a una vida bienaventurada.

Laudato Si’ invita a toda la familia humana a la búsqueda de un desarrollo sostenible e integral, porque está basada en la posibilidad de conversión y cambio. Este trabajo requiere del diálogo y un ejercicio de comunicación, que parte de la escucha y la apertura al otro, lo que exige desacomodo y salida al encuentro. La libertad humana puede conducir “al crecimiento, salvación y amor”⁴¹ o a la decadencia y mutua destrucción. Es el momento para que cada hombre se reconozca como instrumento de Dios para ayudar a brotar esas posibilidades que puso en todas las cosas. Debe estar en el mundo, no huir de él. Debe conocerlo desde dentro para poder buscar alternativas y movilizar a otros hacia el bien mismo. “El ser humano solo puede realizarse en el mundo, comprendiéndose a partir de él y no fuera de él”⁴², de tal modo que, responda al llamado a “reconducir a todas las criaturas a su Creador”.⁴³

Todas las criaturas estamos “entrelazadas por el amor”⁴⁴, por tanto, somos responsables unos de otros, y la salvación se alcanza en esta vocación a la comunión. El amor, es redentor y salvador. Pero no un amor frágil y efímero; tampoco egoísta; se requiere de un amor de testigos de Cristo crucificado y resucitado; un amor incondicionado que transforma y engendra vida -por la gracia y no solo por las fuerzas humanas-.

Esto suena utópico y algunas veces lejano, porque nos dejamos envolver del pesimismo y el miedo. Esta es otra tarea de los testigos de hoy, ser portadores de esperanza, como lo expresaba el papa Benedicto XVI en su carta encíclica Spe Salvi: “La verdadera, la gran esperanza del hombre que resiste a pesar de todas las desilusiones, sólo puede ser Dios, el Dios que nos ha amado y que nos sigue amando «hasta el extremo», «hasta el total cumplimiento»” (Cf. Jn 13,1; 19,30). Las personas y movimientos ecológicos y ambientalistas, que se dedican solamente a mostrar cifras de los desastres climáticos, se quedan con solo una parte de la acción profética, la denuncia; pero es

⁴¹ Papa Francisco, *Carta Encíclica Laudato Si’*, #47.

⁴² Amparo Novoa Palacios, “La cuestión ecológica en contexto de creación: ideas para una antropología teológica”, *Revista Cuestiones Teológicas* 38, no. 90 (2011): 322. <https://revistas.upb.edu.co/index.php/cuestiones/article/view/5334>

⁴³ Papa Francisco, *Carta Encíclica Laudato Si’*, #83.

⁴⁴ Papa Francisco, *Carta Encíclica Laudato Si’*, #92.

necesaria la otra parte: el anuncio de la Buena Noticia. De otro modo, estaríamos entrando en un mensaje mal llamado apocalíptico porque desvía el sentido esperanzador del libro de la Revelación y del Misterio de la Encarnación.

La Encíclica apela al Apocalipsis precisamente para renovar en el corazón de los hombres y mujeres esta esperanza, pues nos recuerda que Jesús “hace nuevas todas las cosas” (Ap 21,5) e invita para que las preocupaciones y luchas por el planeta no opaquen esta esperanza presente y futura. Además, en el numeral 74 recuerda todas las dificultades vividas en Babilonia, en Roma, o en cualquier otro sistema de poder y de opresión, para mostrar el camino del creyente que en medio de todo puede cantar con gozo y confianza plena en Dios Todopoderoso “¡Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios omnipotente, ¡justos y verdaderos tus caminos!” (Ap 15,3). Y encomendarnos a María, Madre y Reina de lo creado todo su cuidado y protección (Ap 12,1).

Un cielo nuevo y una tierra nueva

Un cielo nuevo y una tierra nueva, si estamos dispuestos a ser hombres nuevos; si nos dejamos revestir de Cristo.

Como dice un canto tradicional de Espinosa “hombres nuevos, creadores de la historia, constructores de nueva humanidad, que viven la existencia como riesgo de un largo caminar”. Es tiempo de ser parte del cambio, no como expresión publicitaria, sino real y concreta. La historia de la humanidad nos implica como criaturas, hijos en el Hijo, hermanos y creyentes. Como dice el profeta Ezequiel “yo les daré un solo corazón y pondré en ellos un espíritu nuevo: quitaré de su carne el corazón de piedra y les daré un corazón de carne” (Ez 11, 19).

Hay una urgencia para toda la humanidad, redimir el mundo con el amor de Jesús, en quien se ha instaurado el Reino.

La Encíclica deja claro que se requiere un cambio de la concepción antropológica para que podamos llevar esta barca por buen rumbo. Presenta a la persona humana integral, contemplando primero el Misterio Encarnado, el amor como centro y motor de la vida y de la conversión que conduce a una real relación interpersonal que se transforma en el encuentro intergeneracional, en la educación y el diálogo. Esto último, evidencia el valor de la persona como sujeto social y comunitario, la educación como camino; y el encuentro y el diálogo como alternativas para construir juntos la historia de la humanidad.

Veintidós veces hace referencia al diálogo con todos, para conocer el modo como estamos construyendo el futuro del planeta, con las ciencias y la filosofía, con la tecnología, la política y la economía porque “la gravedad de la crisis ecológica nos exige a to-

dos pensar en el bien común y avanzar en un camino de diálogo que requiere paciencia, ascesis y generosidad, recordando siempre que «la realidad es superior a la idea».⁴⁵

La concepción antropológica presente en la Encíclica, y en general en el pontificado de Francisco, tiene un sello particular de la vida Jesuita. En los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, se propone una primera experiencia llamada “Principio y Fundamento”, cuyo eje central está en este vínculo con Dios y la libertad del hombre. Principio como origen, punto de partida, verdad de la cual se deriva todo lo demás; y fundamento como aquello que permanece, da estabilidad, solidez y razón.⁴⁶

Laudato Si’ acude al Génesis (origen), al libro de la Sabiduría (para contemplar lo que la naturaleza y la vida cotidiana puede enseñar ante esta finitud y fragilidad de la existencia) y al Apocalipsis (esperanza abierta a la vida nueva del Cordero) que invitan a la conversión y compromiso por la historia de la humanidad, entendida como historia de salvación. Para dar respuesta a la vocación de unidad y comunión con todas las criaturas, en el Creador, es importante reconocer que la persona humana no está para vivir sola, pues es en el otro y con el otro como se humaniza y perfecciona, “así como el Padre es perfecto” (Mt 5,48).

En la primera semana de los ejercicios espirituales, se descubre la fragilidad y el pecado, para abrazar la inmensa misericordia de Dios. Es un llamado a entrar en comunión con todas las criaturas, en un ejercicio de correspondencia de dar y recibir; de donar, agradecer y alabar. La Encíclica desvela el pecado que ha llevado a este desequilibrio de la casa común, pero para impulsar -por el Espíritu- a renovación de la vida.

Ante esta problemática ecológica integral expuesta en Laudato Si’, se pueden descubrir trazos de la espiritualidad ignaciana: su llamado a la comunión que parte de la “contemplación del amor” y se fortalece en el diálogo y el encuentro del amado y la amada que comunica lo que tiene o lo que puede.⁴⁷ Hay también una vocación a trabajar por el cuidado y la protección, porque hace parte de la tarea divina de engendrar vida, y vida abundante. Llama a reconocer nuestra corporeidad, cuerpo frágil, vulnerable, necesitado de alimento, cuidado y protección, necesitado del otro, pero que a su vez porta el aliento de Dios.

Por último, nos habla de un hombre que debe tomar decisiones libres y conscientes; que requiere de discernimiento serio para levantarse de las caídas, para soñar y esperar. Cada decisión ética es posibilidad de labrar junto a Dios en el huerto del Edén presente y para las generaciones siguientes.

⁴⁵ Papa Francisco, *Carta Encíclica Laudato Si’*, #201.

⁴⁶ Gerardo Villar, “Principio y Fundamento”, PastoralSJ, acceso el 21 de mayo del 2015, <https://pastoralsj.org/creer/923-principio-y-fundamento>

⁴⁷ Patiño y Salas, “Comunión y trabajo”.

Bibliografía

- Benedicto XVI. *Spe Salvi*. Roma:La Santa Sede, 2007.
- Collins, Gerald. *La encarnación*. Santander: Sal Terrae, 2002.
- Cordovilla Pérea, Ángel. *Gramática de la encarnación. La creación en Cristo en la teología de K. Rahner y Hans Urs von Balthasar*. Madrid: Universidad de Comillas, 2004.
- Gaetani, Amedeo. *L'incarnazione. Fenomeno di salvezza universale. Gesù Cristo Alfa e Omega: principio e fine dell'evoluzione della coscienza umana*. Castelli: Andromeda Editrice, 2008.
- García de Alba, Juan Manuel. *Hacia una antropología de Jesús en los evangelios*. México: UNIVA La Universidad Católica, 2016.
- Guardini, Romano. *El Señor*. Madrid: Ediciones Cristiandad, 2008.
- Hincapié Hurtado, Julieth Cristina. "Dios y hombre narrados desde las categorías bien y mal en Génesis 1-11. Un diálogo teológico-psicológico desde los arquetipos", tesis de Maestría, Universidad Pontificia Bolivariana, 2017.
- Kierkegaard, Sören. *Migajas filosóficas o un poco de filosofía*. Madrid: Trotta, 1997.
- Mateos, Juan y Juan Barreto. *El evangelio de Juan. Análisis lingüístico y comentario exegético*. Madrid: Ediciones Cristiandad, 1979.
- Moingt, Joseph. *Dios que viene al hombre. De la aparición al nacimiento de Dios*. Salamanca: Sígueme, 2010.
- Novoa Palacios, Amparo. "La cuestión ecológica en contexto de creación: ideas para una antropología teológica". *Revista Cuestiones Teológicas* 38, no. 90 (2011): 317-346.
<https://revistas.upb.edu.co/index.php/cuestiones/article/view/5334>
- Papa Francisco. *Carta Encíclica Laudato Si'. Sobre el cuidado de la casa común*. Roma: Editrice Vaticana, 2015.
- Patiño, Juan y Uriel Salas. "Comunión y trabajo: el ser humano al servicio de la creación". *Theologica Xaveriana* 71, (2021): 1-21. <https://doi.org/10.11144/javeriana.tx71.ctshsc>
- Ponce Cuéllar, Miguel. *Cristo, Siervo y Señor*. Valencia: Edicep, 2007.
- Schulte, Raphael. "Los misterios de la prehistoria de Jesús", en *Mysterium Salutis. Manual de Teología como historia de la salvación*, 586-610. Madrid: Ediciones cristiandad, 1971.
- Tonello, Amadeo José. "Laudato Si: aportes antropológicos y éticos". *Síntesis. Revista de Filosofía* 11, no. 1 (2017): 73-93. <http://dx.doi.org/10.15691/0718-5448Vol11Iss1a178>
- Villar, Gerardo. "Principio y Fundamento", *Pastoralsj*, s.f. <https://pastoralsj.org/creer/923-principio-y-fundamento>